

Sobre el concepto de agresión. Una mirada psicoanalítica.

Introducción

Desde el punto de vista epistémico, el concepto de agresión como tal tiene distintas vertientes. En términos biológicos el tema referente a la agresión ha sido muy discutido y motivo de controversia en diferentes ámbitos científicos. La agresión también ha sido un tópico de gran interés en las discusiones de distintas doctrinas filosóficas; así como en el estudio de la mente humana.

Desde la perspectiva científica, en la actualidad se considera que el comportamiento agresivo involucra un componente genético y uno ambiental donde las interacciones sociales y el aprendizaje juegan un importante papel en la agresión humana (de Waal, 2000).

En la corriente filosófica empirista (que surgió en el siglo XVII) filósofos como Locke, pensaban que la mente humana en el momento del nacimiento es como una tabula rasa, una hoja en blanco sobre la que la experiencia imprime el conocimiento. No estaba de acuerdo con las teorías de las concepciones innatas. También pensaba que los seres humanos nacen buenos, independientes e iguales.

Contrariamente a este punto de vista, Thomas Hobbes (siglo XVIII) propone una “sensación a la agresión” y habla de la existencia de una característica innata e inevitable en el individuo, la cual hace que los hombres tiendan a agredirse y donde sólo la sociedad podría regular esta tendencia (Magee, 1999).

A partir del siglo XX se incrementa la evidencia empírica en torno al estudio de la agresión desde diferentes perspectivas, entre las más relevantes se cuentan las siguientes:

-La teoría de la brújula (Compass-theory) considera que el individuo mide su comportamiento agresivo frente el modelo al cual ha sido expuesto dependiendo de los mecanismos internos del individuo, las experiencias existentes, el control social y el ambiente cultural (Groebel, 1991).

-La agresión estimulada por factores externos, este punto de vista ve a la agresión como una reacción predecible ante ciertos estímulos, donde el estímulo involucra una frustración (Dollard *et al.* 1939).

- La teoría del aprendizaje social (Bandura, 1973) establece que el comportamiento agresivo se adquiere ya sea por experiencia directa o por observación, es decir por aprendizaje social.

-La teoría del guión (Script theory) afirma que la agresión es producto de múltiples causas y hace énfasis en el medio (Ej. la influencia de los medios de comunicación), al referirse a la violencia como forma de agresión considera que un medio violento aumenta las posibilidades de crear un ser violento (Huesmann y Eron, 1986).

- Uno de los enfoques principales en el estudio de la agresión es el que la considera como un instinto. Este enfoque de la agresión como instinto fue estudiado por Lorenz (1967) desde el punto de vista biológico y por Freud (1920) con respecto al aparato psíquico. Esta vertiente se relaciona con la expresión de patrones de agresión vinculados a la cantidad de energía acumulada como respuestas ante estímulos específicos. Sin embargo, ante la falta de estos estímulos también se generan reservas de energía que tarde o temprano encontrarán una salida. (Para un mayor detalle sobre los distintos enfoques, véase Rodríguez y Shedden, 2007).

Dada la influencia de la teoría Freudiana en la historia del pensamiento psicoanalítico moderno, es importante considerar algunas puntualizaciones desde esa perspectiva en torno a la agresión.

Hasta antes de 1920, Freud consideraba a la pulsión sexual como la fuente de todo conflicto y de toda patología mental. La agresión, el sadismo y el poder fueron adquiriendo mayor importancia en la fenomenología clínica freudiana durante la década de 1910 pero, teóricamente, consideraba la agresión y el sadismo como elementos componentes de la pulsión sexual (Mitchell y Black, 2004).

Después de la Segunda Guerra Mundial, ante la evidencia de la fuente de destructividad inherente a los seres humanos, Freud reconsideró la importancia de la agresión y la situó al nivel de la libido. Así, en Más allá del principio del placer (1920), Freud introduce el concepto de pulsión de muerte. Este concepto implica la idea de que cada persona tiene una necesidad inconsciente de morir. Esta pulsión se manifiesta en la agresión, la crueldad y la destructividad. Esto implicaba que lo reprimido no eran solo las pulsiones sexuales, sino también la poderosa destructividad de un instinto de muerte.

En este trabajo, también hizo una modificación a su planteamiento sobre el masoquismo que antes había señalado como una pulsión parcial complementaria del sadismo, entendida como una reversión del sadismo hacia el yo. El masoquismo sería una regresión, es decir, un retroceso a una fase anterior. La enmienda que Freud hace con la propuesta de 1920 es la posibilidad de un masoquismo primario de acuerdo con su nueva aportación en cuanto a la pulsión de muerte.

En la obra “Más allá de Freud” se ha señalado que la comprensión de la relación entre los individuos y la sociedad se reformuló a partir del concepto de pulsión de muerte ya que la represión no surge como una imposición innecesaria de una sociedad restrictiva, sino que es una forma de control social que protege a las personas de sí mismas y hace posible la convivencia en grupo. El giro hacia la pulsión de muerte llevó a Freud a una postura más a favor de los controles sociales, que permitieran lidiar con la pulsión de muerte. Esto condujo a Freud de una filosofía de tipo un tanto rousseauiano¹ a una de corte hobbesiano. En relación con este viraje en su postura, Freud (1930) hace referencia a la necesidad que tiene el ser humano de la cultura para sobrevivir y a la insatisfacción que esto implica por la represión de los instintos.

Laplanche y Pontalis (1994) definen la agresión como: *“una tendencia o conjunto de tendencias que se actualizan en conductas reales o fantasmáticas, dirigidas a dañar a otro, a destruirlo, a contrariarlo, a humillarlo, etc. La agresión puede adoptar modalidades distintas de la acción motriz violenta y destructiva; no hay conducta tanto negativa (rechazo de ayuda) como positiva, tanto simbólica (por ejemplo ironía) como efectivamente realizada que no pueda funcionar como agresión. El psicoanálisis ha concedido una importancia cada vez mayor a la agresividad, señalando que actúa precozmente en el desarrollo del sujeto y subrayando el complejo juego de su unión y desunión con la sexualidad. Esta evolución de las ideas ha culminado en el intento de buscar para la agresividad un substrato pulsional único y fundamental en el concepto de pulsión de muerte”* (1994,13).

Siguiendo a Freud, estos autores analizan la forma en que se modifica el concepto de agresión a partir de la introducción de la pulsión de muerte:

¹ Para Rousseau, la sociedad frustra los instintos naturales, reprime los sentimientos verdaderos, impone convenciones sobre las emociones de los individuos y les obliga a pensar y sentir cosas que en realidad no sienten ni comparten. El resultado de todo eso es una alienación del verdadero ser (Magee, 1998).

Como primer punto mencionan que se amplían los ámbitos en que se reconoce la intervención de la agresión. Por un lado, al reconocer la posibilidad de la pulsión destructiva de desviarse hacia fuera o hacia sí mismo, el sadomasoquismo se convierte en una realidad muy compleja que permite explicar distintos aspectos de la vida psíquica.

Desde otro ámbito, la agresión no solo se aplica a las relaciones objetales o consigo mismo, sino también a las diferentes instancias psíquicas (Ej. conflicto entre el yo y el superyó. La agresividad depositada en el superyó implica que a mayor monto de agresión mayor severidad de superyó sobre el yo).

Otra modificación se refiere a la noción de agresión clásica como modo de relación con otro, ya que la pulsión de muerte tiene su origen en la autoagresión.

Finalmente, otra modificación se refiere a lo que define al comportamiento agresivo, que tiene que ver con el concepto de unión-desunión. Aquí la desunión es el triunfo de la pulsión de destrucción. Desde esta perspectiva, el Eros tiende a crear y mantener, mientras que la agresión sería una fuente radicalmente desorganizadora.

Los autores también hacen un señalamiento sobre los términos creados con la raíz de agresión. Señalan la diferencia entre agresividad y agresión. El término agresividad ha perdido la connotación de hostilidad hasta convertirse en sinónimo de “espíritu emprendedor”, “actividad”, “energía”. En cambio la agresión ha experimentado una menor modificación de sentido.

Freud causó gran controversia con su idea de la pulsión de muerte y muchos de sus seguidores no la aceptaron, y no la consideraron en su modelo.

La mirada de los distintos autores que se discuten en los siguientes párrafos se centra en el enfoque de la corriente psicoanalítica conocida como: la Escuela Americana.

La perspectiva de Hartmann.

Hartmann fue uno de los autores que discrepaba con propuesta de la pulsión de muerte. En el Psicoanálisis después de Freud, Bleichmar y Leiberman (1989) hacen un claro análisis del punto de vista de este autor sobre el tema de la agresión. Trataré de abordar los aspectos más importantes relacionados con la pulsión agresiva expresados en este texto.

La influencia del pensamiento positivista es notable en la postura de Hartmann. En su modelo es determinante el concepto de adaptación. Él involucra los modelos biológicos

para explicar al ser humano y su adaptación al medio. La adaptación tiene como objetivo la autoconservación y entra en conflicto con el principio del placer. Hartmann no coincide con la idea de la compulsión a la repetición de Freud, ni con la pulsión de muerte, y por lo tanto no acepta la propuesta del masoquismo primario en el ser humano. A este respecto, cabe considerar tal como Bleichmar y Leiberman (1989) citan en su obra las palabras de Hartman:

“ni el masoquismo, ni la compulsión a la repetición pueden por si mismos garantizar la adaptación a la realidad; lo lograrían únicamente si hubiéramos convenido previamente como premisa que la relación con la realidad exige una aceptación del dolor. No podemos considerar como adaptativa una relación con el mundo en la cual su conocimiento necesite del dolor como condición” (1939,64).

Acerca de la fantasía, Hartmann piensa que cuando ésta resulta insuficiente para proporcionar satisfacciones, la búsqueda de éstas gratificaciones se da en el mundo externo. También señala que la fantasía puede producir angustia y aquí la exploración de la realidad tendría un fin defensivo para soportar la angustia.

Para Hartmann, el individuo nace con potencialidades para desarrollar el yo. Al igual que Freud, coincide en que el yo surge de una matriz indiferenciada entre el yo y el ello. Considera varios factores en la diferenciación del yo y el ello:

1. El factor hereditario o constitucional que involucra las capacidades innatas del yo
2. Las influencias de los impulsos instintivos
3. Los condicionamientos de la realidad externa y
4. La propia imagen corporal

Otro aspecto importante a considerar sobre la perspectiva de la agresión en Hartmann es que tanto los impulsos como los esbozos de funciones yoicas, que al inicio de la vida están como una unidad indiferenciada, tienen un desarrollo separado y originan estructuras autónomas en relación con el área pulsional pero que pueden servir a determinados conflictos. Esto es lo que Hartmann llama “sexualización o agresivización de la pulsión”. También puede ocurrir que algunas funciones que surgieron como defensa ante algunos impulsos, se liberen del conflicto que las originó, se desexualicen y pasen a formar parte del área libre de conflicto del yo. Esto en términos biológicos se considera un “cambio de función” (autonomía secundaria).

Hartman señala que lo que mueve al yo a diferenciarse del ello es la necesidad de supervivencia, porque el principio del placer que rige el ello no favorece la autoconservación. Por otra parte, propone que el tipo de mecanismo de defensa que cada individuo pondrá en práctica puede ser delimitado por las modalidades individuales del yo. Estos factores serían innatos y el monto energético utilizado por los mecanismos de defensa tendría su origen en pulsiones agresivas neutralizadas en el yo durante el desarrollo.

Una propuesta importante de este autor que influyó en las ideas de psicoanalíticas posteriores es que considera al narcisismo como una carga libidinal del sí-mismo y no del yo.

Por último cabe mencionar que Hartmann hace una distinción entre los conceptos de pulsión e instinto. Esta distinción es con el propósito de aclarar la diferencia entre los aspectos biológicos que impulsan la conducta humana, de los que son de tipo psicológico. Se refiere a instinto cuando habla de elementos de tipo biológico que llevan al hombre a determinadas conductas. Cuando habla de impulso o pulsión se refiere a un proceso mental que tiene más movilidad, está menos predeterminado y está menos vinculado con la parte fisiológica.

La perspectiva de Hartmann presenta muchos factores de confusión en su intento forzado por situar a la psicología del yo dentro del ámbito positivista. El reduccionismo biológico de este autor y su forma de equiparar el modelo psicoanalítico con modelos biológicos involucra el manejo de muchas variables y distintos fundamentos y conceptos teóricos. La idea de Hartmann de situar lo psicológico al nivel de lo biológico es lo que lo lleva no alcanzar sus expectativas. Sin embargo, no se puede negar que su propuesta teórica aportó ideas importantes que constituyen los fundamentos para el desarrollo de la psicología del yo.

Kohut y la agresión reactiva

En su libro sobre la restauración del sí mismo, Kohut dedica un apartado a la teoría de la agresión en el análisis del sí mismo. Para él los fenómenos que se vinculan con la autoafirmación, el odio, y la destructividad se consideran dentro del ámbito de los impulsos. De acuerdo con esto, el autor habla de la destructividad del hombre como un elemento primario perteneciente a su dotación psicológica. Haciendo referencia a lo anterior, Kohut señala:

“ la capacidad del hombre para superar el instinto asesino puede concebirse como algo secundario y formularse en términos de que ha podido controlar un impulso” (1977,87).

Para Kohut, las pulsiones sexuales y agresivas, fundamentales en la teoría freudiana, eran como “subproducto de la desintegración”, eran de carácter secundario, las consideraba consecuencias de alteraciones en la formación del self, en un intento de recuperar un sentimiento de vitalidad de un self vencido (Mitchell y Black, 2004).

Kohut reconoce que en la posición psicoanalítica clásica, las tendencias agresivas (incluyendo la tendencia a matar) en términos biológicos son constitucionales en el hombre y la agresión es considerada un impulso. Con respecto a esto, argumenta que el ser humano no sólo cuenta con herramientas biológicas que le permiten llevar a cabo actos destructivos como son los dientes o las uñas, sino que también cuenta con un potencial agresivo.

Kohut se manifiesta en desacuerdo con las abrumadoras evidencias de que *el hombre es un animal agresivo incapaz de “domesticar” sus impulsos destructivos, concretamente, su conducta destructiva como individuo y como miembro de grupos* (Kohut, 1977).

Esta afirmación me lleva a pensar, en relación con la evidencia empírica que se ha investigado desde el punto de vista científico, que Kohut probablemente estaba bien documentado en la posición positivista, ya que justamente, alrededor de la misma época en que publicó su trabajo (1977), surgió en el ámbito del comportamiento animal un nuevo interés en el estudio de la agresión que dio origen a un nuevo paradigma sobre el comportamiento agresivo en los grupos de primates, como es el caso de los chimpancés. En 1979, F. de Waal, primatólogo europeo, dio un viraje a la concepción que se tenía sobre la agresión en el campo del comportamiento de primates. Antes de los estudios de Frans de Waal en el ámbito etológico, la agresión había sido considerada en forma clásica como un comportamiento dispersivo. De Waal señala que en las investigaciones originales que dieron lugar a esa visión, por ejemplo, en los estudios de Konrad Lorenz sobre la agresión, es claro que el comportamiento agresivo fue estudiado como un fenómeno más individual que social. La tesis central de Lorenz establecía que la agresión es instintiva y producida por un impulso interno difícil o imposible de controlar. Al postular el instinto agresivo estaba también enfatizando determinantes genéticas (Lorenz, 1967). En contraste con las ideas de Lorenz, algunos psicólogos, antropólogos y científicos sociales propusieron que la

agresión es aprendida, enfatizando con esto que el aprendizaje jugaba un papel crítico en la agresión humana (Bandura, 1973) y, además, cuestionaron la universalidad de la agresión en las sociedades humanas (Montagu, 1968) .

Las propuestas de estas contrapartes no estaban bien fundamentadas ya que partían de la suposición de que demostrar la existencia, ya sea de un componente genético (en términos biológicos) o de uno aprendido resolvería el problema, mientras que en la actualidad los estudios científicos han proporcionado evidencias empíricas a favor de que ambos componentes están involucrados (de Waal, 2000).

De acuerdo con de Waal, la agresión no necesariamente es negativa, sino es parte de la vida, es un modo de regular las relaciones sociales. Este punto de vista no retomó las teorías existentes en esa época, que generalmente asumían que los animales eran despiadados competidores (en el apartado sobre Mitchell se amplía un poco más el aspecto etológico de la agresión y las relaciones complejas desde una perspectiva evolutiva) .

Si bien Kohut publicó su trabajo un poco antes que de Waal, su rechazo a la visión extremadamente destructiva de la agresión como impulso y su punto de vista de la agresión como potencial coincide con la visión que introdujo de Waal en el ámbito científico (véase sobre la agresión, las relaciones y el contexto social, desde el comportamiento animal, en el apartado sobre Mitchell).

Aún cuando Kohut hace alusión crítica al hombre como un animal agresivo con impulsos destructivos y considera que puede haber agresión no destructiva como también lo señala de Waal, no me parece que se pueda establecer una comparación aceptable entre las posturas sobre la agresión de ambos autores ya que no es posible en este caso equiparar los resultados obtenidos desde el punto de vista etológico con los obtenidos desde el punto de vista psicoanalítico debido a que sus modelos parten de fundamentos que podrían considerarse inconmesurables como diría Kuhn, ya que es muy difícil llegar a un acuerdo porque parten de esquemas distintos, es decir, no presentan un lenguaje teórico en común.

Así, Kohut señala como errónea la conceptualización de la destructividad como un instinto primario que tiende a su meta y busca una vía de escape. Esto no significa que este autor esté negando la destructividad del hombre o que sus consecuencias no le puedan parecer graves, es decir, sin poner en tela de juicio esa destructividad, lo que cuestiona es su significado, su esencia dinámica y genética (Kohut, 1977).

Él considera que en el proceso analítico se observa la destructividad no como manifestación de un impulso primario sino como el producto de una desintegración que si bien es primitiva no es primaria desde el ámbito psicológico (Ej. resistencias y transferencias negativas) (*ibid*).

La agresión es reactiva, no es fundamental, la agresión destructiva es un resultado de la frustración, dice Kohut, es el resultado del fracaso del medio, el cual está constituido por el objeto-del-si-mismo para satisfacer la necesidad de respuestas empáticas, óptimas y no máximas del niño.

Sobre la herida narcisista y la agresión Kohut señala:

“La rabia destructiva en particular siempre está motivada por una herida que sufre el si-mismo. El nivel más profundo a que puede llegar el psicoanálisis cuando rastrea la destructividad (ya sea que esté ligada a un síntoma o rasgo caracterológico) no se alcanza cuando no se ha podido poner de manifiesto un impulso biológico destructivo ni cuando el paciente ha tomado conciencia de que desea (o deseaba) matar. Esta toma de conciencia no es mas que un paso intermedio en el camino hacia el cimientto psicológico último: la posibilidad de que el paciente tome conciencia de la presencia de una seria herida narcisista, una herida que ponía en peligro la cohesión del si-mismo, en particular una herida narcisista inflingida por el objeto –del-si-mismo de la infancia (1977,90).

Kohut también habla de las configuraciones psicológicas complejas que, desde el comienzo, también presentan agresión ya sea como impulso o como patrón de reacción. El autor insiste en que la rabia y la destructividad del niño no deberían considerarse como la expresión de un instinto primario que tiene una meta o busca una vía de salida, sino que deberían definirse como productos de regresión, deberían entenderse como fragmentos de las configuraciones psicológicas más amplias que constituyen el si-mismo nuclear. El punto de partida en la conducta con respecto a la agresividad no es el bebé destructivo sino, desde el comienzo, el bebé que se autoafirma, cuyas agresiones son un elemento constitutivo de la firmeza y de la seguridad con que expresa sus exigencias frente a los objetos del sí-mismo que le proporcionan un medio de responsividad empática. Así, con base en las ideas de Kohut, La configuración psicológica primaria, por breve que sea su duración, no contiene rabia destructiva sino afirmación pura. La desintegración posterior de la configuración

psíquica más amplia, aísla el componente afirmativo, y con ello, lo transforma secundariamente en rabia (*ibid*).

Existen dos aspectos destacables en relación con la agresión como elemento constitutivo de las configuraciones primarias no destructivas y de la destructividad como impulso que aparece como producto de una desintegración.

Por una parte, las configuraciones psicológicas primarias no destructivas carecen de contenido ideacional, señala Kohut, no constituyen impulsos aislados.

Por la otra parte, la agresividad no destructiva forma parte de la afirmación de las exigencias del sí mismo rudimentario y se moviliza cuando se experimentan frustraciones óptimas (postergaciones no traumáticas de la respuesta empática del objeto-del-sí-mismo). Otro punto importante es que la agresividad no destructiva tiene una línea de desarrollo propio, se desarrolla a partir de formas primitivas de afirmación no destructiva hasta alcanzar formas maduras de afirmación en las que la agresión se subordina al cumplimiento de tareas.

Otto Kernberg. El odio como afecto nuclear de la agresión.

Este autor es conocido por su aportación como sistematizador en el psicoanálisis contemporáneo. Tal y como lo señalan Mitchell y Black (2004), Kernberg ha integrado en su modelo la teoría tradicional de las pulsiones, el modelo estructural de Freud, la teoría de las relaciones objetales de Fairbairn y de Klein y la perspectiva de la psicología freudiana del yo. Hizo importantes aportaciones al estudio de las perturbaciones de la personalidad, particularmente en los pacientes fronterizos.

En sus consideraciones teóricas sobre el odio como afecto nuclear de la agresión, Kernberg (2005) se pregunta en torno a la agresión si ésta es el resultado de la experiencia temprana o de la constitución y la genética.

En este trabajo, Kernberg señala que la exposición temprana a la violencia y al abuso físico, psicológico y sexual, en particular el incesto, se asocia con más frecuencia a pacientes con trastornos graves de la personalidad, y en niños que se encuentran en alto riesgo de psicopatología. Aunado a esto, existe una creciente evidencia de que la anormalidad de los sistemas neuroquímicos y neurohormonales pueden estar relacionados

con aspectos significativos de la personalidad, en particular con una propensión a la conducta imprudente y agresiva, lo que apunta a la importancia de los determinantes genéticos y constitucionales del temperamento.

Este autor está de acuerdo con la idea de que los factores genéticos y constitucionales, así como los ambientales y psicodinámicos estén implicados en la conducta agresiva, y se pregunta cómo conceptualizar la agresión y comprender lo que ésta implica en una psicopatología grave.

En cuanto a la teoría del instinto biológico, Kernberg argumenta:

la teoría sobre el instinto biológico ha evolucionado hacia una visión integrada del instinto y el ambiente, conceptualizando las disposiciones innatas como patrones de conducta que se activan bajo condiciones ambientales determinadas que conducen a la activación de una secuencia de conductas exploratorias y consumidoras (2005, 28).

De ahí que los patrones conductuales innatos y los disparadores ambientales en conjunto, constituyan los elementos estructurales de la conducta instintiva.

Kernberg también ha señalado que esta conceptualización del instinto en la biología se puede aplicar a la teoría psicoanalítica, lo que conduce a un concepto de pulsiones con sistemas motivacionales, instintivos y ambientales combinados (libido y agresión).

Freud distinguía entre *instintos biológicos*, conductas innatas, estables e invariables comunes a todos los individuos de una especie y *pulsiones*: motivaciones altamente individualizadas y evolutivamente consolidadas que constituyen los determinantes inconscientes de la vida psíquica y que se revelan en las representaciones mentales y en los afectos (*ibid*).

El autor propone que los afectos son los componentes instintivos de la conducta humana, que son innatos, comunes a todos los individuos y que surgen en las etapas tempranas del desarrollo y se organizan de manera gradual, como parte de las relaciones objetales tempranas. (como afectos satisfactorios, placenteros en la forma de libido como pulsión generalizada y como afectos dolorosos, aversivos, negativos que, se organizan en la forma de agresión como pulsión generalizada).

Kernberg a diferencia de Kohut (1977), quien consideraba la agresión como secundaria a la frustración de la necesidad de amor, piensa que las capacidades tanto para el

amor como para el odio son innatas y que ambas requieren de activación y de desarrollos ambientales.

Según Kernberg, la agresión como pulsión se desarrolla a partir de la respuesta primitiva del llanto que evoluciona, primero, al afecto de cólera y después a la respuesta de llanto como parte de la tristeza. El odio considerado como afecto nuclear de la agresión como pulsión es un aspecto posterior y estructurado de la cólera, del mismo modo que la envidia surge del odio, en un desarrollo estructurado específico del odio.

Otro punto que Kernberg señala es la reformulación de la relación entre afectos y pulsiones que se propone en la teoría psicoanalítica y se vincula con la activación de la agresión expresada por medio del temperamento.

Kernberg considera que las deficiencias cognitivas o las disfunciones mínimas del cerebro, que facilitan la activación de la ansiedad en situaciones de incertidumbre, están involucradas en una activación afectiva patológica.

Otro aspecto muy importante de la propuesta de Kernberg sobre la agresión en la patología es que las experiencias traumáticas (dolor intenso, abuso físico y sexual y la patología grave en las relaciones objetales tempranas) activarían afectos agresivos, estableciendo el dominio de la agresión sobre el esfuerzo libidinal, lo que llevaría a las condiciones propicias para una psicopatología grave.

Kernberg apoya la idea de que el desarrollo libidinal dentro de la relación lactante-madre presupone una disposición innata del infante hacia la vinculación, que requiere de estimulación externa para activarse y que el mismo razonamiento aplica al desarrollo de la cólera y de la protesta iracunda, cuando la situación del medio externo frustra las necesidades del lactante (Kernberg, 2005).

Cuando se presenta una discrepancia entre la experiencia subjetiva del lactante y la experiencia afectiva de la madre, esto puede conducir a la desorganización de los patrones afectivos tempranos, lo cual puede provocar en el lactante una incapacidad para integrar su propia experiencia subjetiva y expresión afectiva, trastornando las relaciones objetales tempranas (*ibid*).

El enojo y la cólera, la aversión y la repugnancia, el desprecio y el resentimiento son afectos integrados dentro de la agresión como pulsión general jerárquicamente supraordinada, y que también sirven para expresar aspectos particulares de la misma (*ibid*).

En torno a la psicopatología.

En ciertas ocasiones, la pulsión agresiva domina el desarrollo temprano del aparato psíquico en forma tan poderosa que lo conduce a las estructuras psicopatológicas que se observan en la psicosis, en la organización límite de la personalidad, en los tipos graves de perversión y en algunos trastornos psicosomáticos.

La primera función de la cólera es eliminar la fuente de irritación o de dolor. La cólera siempre es secundaria a la frustración o al dolor, aunque la intensidad de la respuesta de cólera quizá dependa de características temperamentales.

En su planteamiento frente a la agresión, Kernberg hace referencia a la teoría de Klein, que plantea la transformación inmediata los estados muy tempranos de la frustración intensa, como la ausencia de la madre, en una imagen fantaseada de una madre mala, el objeto malo original interno y externo.

A un nivel más avanzado del desarrollo, señala Kernberg, el deseo ya no es destruir al objeto malo, sino hacerlo sufrir, en este punto definitivamente se encuentra la compleja área del desarrollo en que se combinan el placer y el dolor, en que el sadismo expresa una condensación de agresión y placer, en el que el afecto original de cólera aparece transformado en odio con nuevas y más estables características estructurales.

Kernberg también postula que el odio es un derivado complejo y estructurado del afecto de la cólera, el cual expresa el deseo de destruir a un objeto malo, de hacerlo sufrir o de controlarlo. A diferencia de la cólera, el odio es un afecto crónico, estable y por lo general, caracterológicamente anclado o estructurado.

Una complicación del odio surge del hecho de que la frustración y satisfacción muy temprana se experimentan como provenientes de la misma fuente. Esto conduce a la psicopatología de la envidia, que Klein (1957) explicó como una manifestación principal de la agresión humana.

El estudio clínico de pacientes con trastornos narcisistas de la personalidad comúnmente revela a la envidia (inconciente y conciente) como la expresión afectiva principal de la agresión.

Así, Kernberg señala que el odio surge como el derivado más primitivo y directo de la cólera, en respuesta a la experiencia del sufrimiento, dolor o agresión; la envidia surge como forma especial del odio bajo condiciones de una relación en la que los aspectos altamente deseables y retenidos del objeto complican la experiencia de la frustración colérica.

Desde el punto de vista clínico, para Kernberg, el esclarecimiento de las sutiles diferencias entre estos afectos y su impacto sobre la transferencia es el aspecto crucial del trabajo psicoanalítico y psicoterapéutico con los trastornos graves de la personalidad.

- . El primer paso en tal abordaje es ayudar al paciente a concientizarse de la intensidad de su odio o envidia. Aquí, es importante la capacidad emocional del terapeuta para “sostener” y cognitiva para “contener” el odio que el paciente debe expresar en acciones o en somatizaciones.
- En el segundo paso, el paciente requerirá de ayuda para reconocer los aspectos intensos, dolorosos y en ocasiones humillantes del odio o de la envidia.
- En el tercer paso, el paciente tendrá que aprender a tolerar los sentimientos de culpa que surjan al reconocer que su ofensiva en contra del objeto “malo” es, al mismo tiempo, un ataque en contra del objeto potencialmente bueno y útil.

La envidia, que es la manifestación más típica de la agresión en la transferencia de las personalidades narcisistas, se expresa como envidia consciente del analista que es percibido como objeto bueno e incorporación codiciosa de lo que el analista tiene que ofrecer (Kernberg, 2005) .

Una consecuencia de la fijación estructural de la cólera en forma de odio, es la identificación inconsciente con el objeto odiado. Puesto que la relación objetal internalizada es la de un sí-mismo frustrado, empobrecido y dolido (*ibid*).

Cuando el odio domina un mundo inconsciente de relaciones objetales internalizadas de manera abrumadora, persiste las primitivas operaciones de escisión, resultando en una organización límite de la personalidad, en la que se identifican un mundo interno de relaciones objetales idealizadas y persecutorias, donde predominan estas últimas.

Una manifestación del odio primitivo que el paciente no puede tolerar de manera consciente es la somatización del odio en forma de automutilación primitiva. Estos pacientes

se mutilan de manera crónica, se pellizcan la piel por las mucosas y presentan otros patrones de conducta sadomasoquista primitiva. Las tendencias suicidas caracterológicamente ancladas en los pacientes fronterizos son otra expresión del odio autodirigido (*ibid*).

Desde el punto de vista de Kernberg: *la personalidad antisocial en sí se puede concebir como una estructura de la personalidad que está tan dominada por el odio que las idealizaciones escindidas y primitivas ya no son posibles. El mundo se encuentra poblado exclusivamente por perseguidores odiados, odiosos y sádicos. En un mundo así de aterradorante, uno sólo puede triunfar convirtiéndose en perseguidor, única alternativa a la destrucción y al suicidio.*

En condiciones menos severas, la identificación inconciente con el objeto odiado y su traducción caracterológica en tendencias antisociales, crueldad, desprecio y sadismo se puede presentar de distintas maneras.

Mitchell y el modelo relacional.

El modelo relacional considera que las relaciones son la materia prima, son el núcleo de la vida mental. Para este autor, la matriz relacional es un conjunto de distintos patrones de relación. Respecto a esto, Mitchell (1993) ha señalado: *“las propias relaciones sociales tienen raíces biológicas, que están codificadas genéticamente y que son procesos motivacionales fundamentales. Así la sexualidad y la agresión, no se consideran instintos preformados con significados inherentes que se inmiscuyen en la mente, sino potentes reacciones en las que se interpone la fisiología, generadas dentro de un campo de relaciones intervenido biológicamente y que por ello deriva su significado de esa matriz de relaciones, que es más profunda”*.

Uno de los autores que influyó de manera importante en el modelo de Mitchell fue D. Winnicott, aún cuando este autor no pertenece a la Escuela Americana, sus aportaciones han sido valiosas en distintos aspectos para el psicoanálisis americano contemporáneo, por ello me permito desarrollar algunas consideraciones teóricas de su modelo en relación con la agresión.

Winnicott y la agresión en el desarrollo emocional.

Desde la perspectiva psicoanalítica, el modelo teórico de Winnicott en torno al desarrollo emocional presenta distintos aspectos interesantes a considerar con respecto a la agresión.

Para Winnicott, el ambiente es fundamental en la determinación del psiquismo temprano. En su análisis sobre las raíces de la intención agresiva, él considera que el hombre nace bueno y que dependiendo del ambiente, la agresión se va a generar o no. Winnicott piensa que antes de que se integre la personalidad existe ya la agresión pero no con finalidad destructiva. En su artículo sobre la agresión en relación con el desarrollo emocional (1950) señala:

El bebé ya da patadas cuando está en el vientre; no hay que suponer que intenta abrirse paso a patadas. El bebé de pocas semanas descarga golpes con sus brazos; no hay que suponer que trata de golpear a alguien. El bebé masca el pezón con sus encías; no hay que suponer que esté intentando destruir o hacer daño. En su origen la agresividad es casi sinónima de actividad, es una cuestión de función parcial.

En la teoría de Winnicott, la integración de la personalidad es gradual, no llega en un momento determinado. Tiene altibajos, y es posible que la integración que se ha logrado se pierda por efecto de un factor ambiental. Para este autor, la agresión, como resultado de la experiencia instintiva, forma parte de la expresión primitiva del amor.

Desde la perspectiva de Winnicott, ningún acto agresivo puede ser analizado como un fenómeno aislado, se deben considerar distintos aspectos como: el medio circundante (vínculos), el grado de madurez de acuerdo a la edad cronológica y emocional, las fijaciones a niveles inmaduros en los casos patológicos, la propensión a la regresión y la posibilidad de la recuperación espontánea a partir de la regresión, entre otros.

Winnicott analiza la agresión en la fase intermedia del desarrollo del yo. La fase de preinquietud es una fase teórica de falta de inquietud o crueldad. El niño no distingue que lo que destruye cuando esta excitado es lo mismo que valora en los intervalos de quietud es

decir, su amor incluye un ataque imaginario al cuerpo de la madre. La agresión es parte del amor.

En la fase de inquietud, la integración del yo es suficiente para apreciar la personalidad de la madre. El individuo se preocupa por los resultados de su experiencia instintiva, física e ideacional.

Con respecto a la ira, Winnicott dice que ésta se origina por frustración que puede ser de dos tipos:

Impulsos agresivos inocentes hacia objetos frustrantes e

Impulsos agresivos que causan culpa dirigidos hacia objetos buenos.

En cuanto a las raíces de la agresión, Winnicott considera que las experiencias instintivas del ello se van a ir uniendo con la movilidad. Hay otro monto de esta movilidad que no queda unido a la experiencia instintiva y es la que va a buscar la oposición, para salir a buscar algo que le genere resistencia. Gracias a esta movilidad el niño va a buscar un no yo a quien dirigir la agresión.

Un aspecto relevante de la influencia de Winnicott en los modelos de Mitchell y Stolorow tiene que ver con la importancia de la influencia del ambiente en el desarrollo emocional y en la manifestación de la agresión.

Mitchell también se apoya mucho en la evidencia empírica biológica sobre todo en el área de la etología, para justificar los fundamentos de su modelo, dado su interés por integrar su perspectiva a las corrientes positivistas. Así, en su propuesta trata de fundamentar científicamente ciertos aspectos de su teoría en relación con la complejidad de los modelos etológicos de comportamiento social.

Desde la perspectiva de Mitchell cabe mencionar la relevancia de los estudios científicos sobre la agresión en primates no humanos, dado que él fundamenta su modelo con bases etológicas. Por ello, para analizar este punto, es pertinente ahondar un poco en la perspectiva etológica en torno al comportamiento agresivo.

Mucho se ha mencionado sobre la complejidad de las interacciones sociales que en los primates contribuyen a la evolución de las habilidades cognitivas, Mitchell apoya la idea de que la compleja red de interacciones entre los miembros de un grupo social lleva a considerar a la mente como un producto social, esto se apoya en el aporte de los estudios científicos sobre comportamiento de los primates no humanos, pero aquí cabe la pregunta

sobre cuál sería el vínculo entre esta compleja matriz de interacciones sociales y el comportamiento agresivo. Para comprender mejor, desde la perspectiva de Mitchell, el vínculo entre los estudios etológicos sobre la agresión y el modelo relacional que este autor propone cabría profundizar un poco más sobre: la agresión, el conflicto la competencia y la cohesión social en términos biológicos ya que Mitchell señala el modelo relacional como teoría social de la mente que no es exclusivo de las hipótesis psicoanalíticas.

Desde un punto de vista Kuhniano, podría decirse que uno de los cambios más relevantes en los modelos científicos para explicar la agresión está vinculado con el cambio del modelo individual al modelo relacional de la agresión. Un punto de partida para el estudio etológico de este cambio de paradigma, se apoya en las investigaciones sobre la resolución de conflictos en primates no humanos y en infantes humanos. Así, a la luz de las investigaciones sobre el comportamiento agresivo, previas a los estudios sobre resolución de conflicto en primates, la agresión, desde el punto de vista evolutivo se consideraba como un comportamiento que favorecía la separación de los individuos. De Waal (1986) señala que en los estudios originales que dieron lugar a esa visión, el comportamiento agresivo fue estudiado como un fenómeno individual sin considerar las interacciones sociales.

El *modelo individual de la agresión* (de Waal, 1986), que no involucra el contexto social, implica individuos que no se conocen entre sí, se fundamenta en que existen distintos factores externos (el aprendizaje, los modelos regidos por los medios, entre otros.) e internos (instinto, genes, hormonas, tolerancia a la frustración, rasgos de carácter) que determinan la predisposición de un individuo a manifestar un comportamiento agresivo.

F. de Waal, argumenta que con el modelo individual no se puede explicar la manera en que los grupos o sociedades enfrentan las consecuencias disruptivas de un conflicto, ya que al no considerar el contexto social, este modelo puede explicar cómo empieza la agresión pero no cómo termina o se mantiene bajo control. Los comportamientos agresivos que se expresan dentro de las complejas interacciones que existen en los grupos involucran individuos que tienen vínculos sociales, de ahí la necesidad de un modelo que tomara en cuenta el contexto social de los individuos. Con base en lo anterior, surge *el modelo relacional*, el cual ubica el conflicto en un ámbito social, donde la agresión es una de las distintas formas en las que se puede expresar e incluso resolver el conflicto social. de

acuerdo con de Waal (2000), las investigaciones realizadas en distintas especies de primates no humanos han sido fundamentales en el estudio de este modelo más integrado. Entre los miembros de un grupo de primates la vida social implica conflictos, competencia y agresión. De acuerdo con Mason (1993), estos tres conceptos involucran distintos fenómenos:

Los conflictos surgen cuando dos o más individuos tienen diferentes metas al mismo tiempo y quieren o tienen que permanecer juntos. La agresión muchas veces se ha usado como sinónimo de conflicto, pero los conflictos no necesariamente se expresan en una agresión y la agresión no siempre implica un conflicto.

Desde el punto de vista biológico, la competencia se presenta cuando un recurso necesario es insuficiente para los individuos que lo requieren. El comportamiento agresivo es la manifestación más evidente de competencia dentro de los grupos de primates. Sin embargo, hay muchas otras formas de responder a la competencia. Además, la agresión puede surgir por distintas causas. Puede ser provocada por miedo, dolor y frustración entre otros. También puede ocurrir sin una causa externa visible.

Así, el conflicto y la competencia no necesariamente implican agresión pero muchos conflictos o situaciones de competencia involucran comportamientos agresivos. El conflicto social también ha sido considerado como una forma de socialización y un factor necesario para mantener la integridad del grupo. Incluso, varios autores (Humphrey, 1988; Byrne y Whiten, 1997) consideran que el conflicto social juega un papel significativo en la evolución de la inteligencia de los primates. De ahí que, para muchos autores estudiosos de las interacciones sociales, la agresión (como una forma de expresión del conflicto social) no se considere negativa, sino parte de la vida, como un modo de regular las relaciones sociales.

Se ha mencionado que la convivencia dentro de un grupo social de primates puede promover que la agresión se manifieste en la competencia y los conflictos sociales. Una gran parte de los estudios llevados a cabo en distintas especies de primates no humanos se han enfocado en el comportamiento agresivo, el conflicto social, la competencia y temas relacionados (Bernstein y Ehardt, 1985). Muchos autores coinciden en que la agresión es una parte integral para el funcionamiento social (de Waal, 2000; Bernstein, 2007), ya que ésta se puede manifestar en diferentes contextos y formas, sirviendo a distintas funciones

(aún cuando su frecuencia es baja dentro del presupuesto de tiempo diario en las distintas especies).

Varios estudios señalan que la principal causa de conflicto en los grupos de primates es la violación a las reglas sociales (Hall 1964; Bernstein, 2007), y que la agresión juega un papel importante para mantener el orden y la cohesión social (Bernstein y Ehardt, 1985). La agresión frecuentemente se expresa en forma de desplantes que son signos conspicuos intercambiados entre dos o más animales, que raramente llevan al contacto físico pero que resultan en el sometimiento de un animal y la ganancia de un recurso para otro. En las diferentes especies de primates que existen, estos desplantes presentan una gran variedad de formas. Otras formas de expresar la agresión en los primates son: las vocalizaciones, las caras de amenaza, el mostrar los dientes, romper ramas, golpear, morder, empujar, entre otras. Estas últimas demostraciones de agresión son mucho más uniformes en cuanto a sus patrones entre las especies (Walters y Seyfarth, 1987).

Uno de los contextos en que con más frecuencia se observa la agresión es en la defensa del estatus, es decir, para defender y mantener las relaciones de dominancia existentes (Mason, 1993; Walters y Seyfarth, 1987).

En otro contexto, la agresión en los primates está vinculada con la obtención de recursos como el alimento, el agua o los sitios para dormir, en estos casos puede haber agresión manifiesta o incluso un individuo puede alejarse del otro antes de que la agresión ocurra. Estas interacciones son comunes, pero por lo general las agresiones no son severas (Walters y Seyfarth, 1987).

Otro contexto en el que la agresión puede manifestarse y que involucra la adecuación biológica del individuo (éxito reproductivo), es la competencia por el acceso a las hembras. Estas interacciones competitivas que se dan entre machos pueden escalar hasta el contacto y el daño físico.

La defensa del territorio, las condiciones de hacinamiento, y la protección del individuo y de su descendencia de un daño físico, son otros contextos en los que se pueden presentar comportamientos agresivos.

Walters y Seyfarth (1987), en relación a los contextos en que se manifiesta la agresión, señalan que la agresión dentro de los grupos de primates, muchas veces no está directamente relacionada a la competencia por los recursos, sino que puede aparecer

involucrada en el establecimiento y mantenimiento de las relaciones de dominancia. Sin embargo, tal agresión puede ser una forma indirecta de competencia por los recursos, ya que la dominancia con frecuencia se relaciona con el acceso a éstos.

Estos autores también enfatizan que, en muchas especies de primates, es común que los individuos dominantes se aproximen a los subordinados, aparentemente causando que éstos se retiren o incluso pueden hostigar directamente a los subordinados por agresión directa hacia ellos, sin provocación aparente, logrando así que los agredidos presenten el comportamiento sumiso. En ocasiones estas agresiones pueden ser severas, pero usualmente el hostigamiento no involucra contacto físico. Sin embargo, cuando individuos de bajo rango luchan por la jerarquía de individuos de alto rango o cuando los animales apoyan a sus parientes que han sido atacados, esto puede resultar en serias agresiones. En los primates, el tipo de organización social, el hábitat, el contexto social y la especie de que se trate son factores que influyen en la variación de las tasas de agresión entre las clases de edades y sexos.

Otro punto que es interesante notar en relación a las tasas de agresión es que estas parecen depender, hasta cierto punto, de la frecuencia con que los individuos entran en contacto. Por ello, los animales que se asocian regularmente pueden resultar más agresivos entre ellos, que los que permanecen menos tiempo juntos. Además, hay que considerar que individuos diferentes compiten en formas distintas (Bernstein, 2007).

Varios estudios han señalado que las hembras adultas compiten más por comida que por pareja sexual, mientras que entre los machos la competencia por compañera sexual es más común. Considerando que un ítem de alimento supuestamente tiene menos efecto en la adecuación del animal que el acceso al compañero sexual, la competencia entre hembras con frecuencia involucra agresiones menos intensas que aquellas entre machos. Sin embargo, la competencia entre adultos del mismo sexo puede tener un claro efecto en la adecuación de las hembras, así como en la de los machos (Hrdy, 1981; Walters y Seyfarth 1987).

El comportamiento agresivo implica costos para cada uno de los oponentes. Bernstein (2007) señala, con respecto a los mecanismos de la agresión en los grupos sociales, que el hecho de iniciar una agresión involucra: el valor que se da a lo que se va a obtener, los costos de la agresión usada para obtenerlo, y la probabilidad de que sea

obtenido. El costo de la agresión, en cierta forma, depende de la habilidad del oponente; por ello los encuentros agonistas incluyen un periodo de evaluación del oponente. Cada oponente proporciona al otro el máximo de información acerca de sus habilidades agresivas y de su disposición a usar estas habilidades en el encuentro agonista. Así, la selección natural favorecerá a los individuos que no responden a signos falsos y responden apropiadamente a signos reales (Bernstein, 2007). De igual manera, los individuos que pueden disuadir la resistencia, advirtiéndole de sus habilidades y de la determinación de usarlas, serán favorecidos sobre individuos que atacan inmediatamente y siempre incurren en el costo del combate. Esto significa que el mecanismo de la evolución favorecerá a los individuos que empleen más “adecuadamente” el comportamiento agresivo.

Otro punto importante que enfatiza Bernstein (2007) es que la agresión tiene el potencial de infligir daño en los miembros del grupo y eso afecta las habilidades para contribuir a la defensa del mismo, en caso de amenazas externas tales como depredadores y grupos rivales. Por ello, aún cuando la agresión puede ser esencial en la vida social de los primates, también debe ser controlada.

Es de esperar que los mecanismos de selección favorezcan el control de los episodios agresivos en los primates sociales y ese control es esencial para la sociabilidad. Uno de los mecanismos que ha evolucionado exitosamente, en cuanto a la expresión y control de la agresión, es la ritualización de los comportamientos agresivos ya que aporta una gran cantidad de información con el mínimo costo.

Dado que el conflicto social juega un papel fundamental en las estrategias de comportamiento de los primates, es importante señalar que las presiones ecológicas influyen en la frecuencia, estructura y contexto de los conflictos sociales en los grupos de primates (Walters y Seyfarth, 1987). De acuerdo con esta idea, se esperaría que la selección natural favoreciera la evolución de rasgos morfológicos y de comportamiento que proporcionen ventajas a los individuos en la competencia por los recursos (Strier, 2007). Inclusive la evolución de habilidades cognitivas que permitan al individuo valorar los costos y beneficios de obtener un recurso en relación con otro alternativo.

Por otra parte, la prevalencia del conflicto social en la vida diaria de los primates no humanos se puede observar en la complejidad manifiesta de las relaciones sociales y en sus

poderosos efectos en los individuos dentro de la dinámica de las interacciones intra-grupo (Colmenares, 1996).

Así, con el fin de mantener los beneficios de la vida en grupo, los individuos necesitan reducir sus costos atenuando la competencia y resolviendo los conflictos de interés. Los mecanismos de manejo del conflicto son un componente esencial en el comportamiento social de cualquier especie que vive en grupo (Aureli y de Waal, 2000). Varios estudios han señalado que las presiones selectivas que favorecen la cooperación, han permitido la expresión de poderosos mecanismos evolutivos de manejo y de reparación de conflictos que funcionan para mantener la integridad de los grupos y los beneficios asociados para cada miembro del grupo.

Por último, cabe señalar que los estudios sobre resolución de conflicto en primates consideran que la agresión dentro de un grupo de primates se constriñe a fin de proteger las relaciones sociales cooperativas. Esta visión fue inspirada por una combinación de observaciones conductuales y la teoría darwiniana que fundamenta todo el paradigma de la evolución biológica.

Toda esta perspectiva etológica sobre el comportamiento agresivo, podría constituir un claro ejemplo que podría ser utilizado por autores como Mitchell para respaldar su idea sobre la relevancia de las relaciones sociales en el desarrollo del aparato psíquico, o como Kohut, para justificar algunos aspectos sobre su visión de la agresión que mencioné anteriormente e incluso el mismo Hartmann en su intento de involucrar los modelos biológicos para explicar al ser humano y su adaptación al medio. Sin embargo, el hecho de hacer una aproximación teórica de este nivel no es tan simple debido precisamente a la diferencia evolutiva en el desarrollo de la mente humana en relación a la de otros primates. Hay que considerar que el fundamento teórico del análisis etológico es muy distinto del psicoanalítico. El estudio del comportamiento desde la visión etológica se restringe a la descripción de patrones conductuales en relación con el ambiente y posibles inferencias de las causas evolutivas de esas conductas. En cambio el análisis psicoanalítico de la mente humana va mucho más allá de la descripción fenomenológica e implica comprender el funcionamiento del aparato psíquico. No se puede equiparar el conflicto inconsciente con el conflicto social. El estudio del inconsciente es muy complejo y precisamente autores como Mitchell pertenece al grupo de los que restan la importancia que le daba Freud al

inconciente. Además, en la explicación del inconciente todo consiste en aproximaciones teóricas. Los estados mentales humanos son mucho más complejos que los de otras especies como para conformarse con un solo modelo de explicación.

Finalmente, es importante hacer notar que la escuela americana presenta una tendencia general a fundamentar sus modelos teóricos sobre las bases biológicas y considera al ambiente como principal agente modulador de la conducta agresiva. Se nota la influencia que han tenido las posturas científicas de la época. Por otra parte, las ideas de autores como Winnicott han tenido importante influencia en el desarrollo de los modelos que dan prioridad al vínculo y al ambiente en las nuevas corrientes del psicoanálisis contemporáneo en la escuela americana.

Una objeción que los científicos y los filósofos llevarían hasta el punto de controversia al analizar el concepto de agresión en la teoría psicoanalítica de la escuela americana es la probabilidad de factores de confusión en las definiciones de los diferentes términos que los distintos autores emplean para definir los comportamientos agresivos y los distintos niveles de intensidad de la agresión, donde no quedan claros los límites entre destructividad, agresión, violencia, cólera, protesta iracunda, odio, ira, envidia.

Conclusión.

El análisis sobre la agresión en el ser humano se ha intentado explicar desde muy diversas ramas de la investigación, como la biología, la psicología, la sociología, la neurología y la fisiología entre otras y la pregunta que subyace es referente a si se considera una conducta innata o se estructura durante el desarrollo del individuo.

El estudio de la agresión en la teoría psicoanalítica no ha escapado a las distintas variantes explicativas desde el punto de vista epistémico. En algunas corrientes psicoanalíticas y especialmente en la escuela americana hay una tendencia a valerse de la evidencia empírica de otras disciplinas con fundamentos biológicos como son la etología y las neurociencias. Ahí es cuando surge el problema que parte desde el momento en que no se hace una conceptualización y estandarización rigurosa en cuanto a los múltiples y ambiguos términos que se utilizan para referirse al comportamiento agresivo. Otro problema es que las distintas disciplinas de investigación tienen fundamentos teóricos distintos. Cuando los biólogos hablan de la conducta humana lo hacen en términos generales, en cambio en el ser humano

los psicólogos clínicos o los psiquiatras se interesan más en el plano individual. Aún cuando ambas perspectivas son importantes, existen muchas variables involucradas en el estudio de la mente humana que implican una visión pluralista en cuanto a las posibilidades explicativas, donde no cabe la posibilidad reduccionista de una sola explicación de causa-efecto.

Referencias

- Aureli, F. y de Waal, F. (2000) “Why Natural Conflict Resolution”. En: Aureli F, de Waal F, editores. *Natural Conflict Resolution*. Los Angeles: University of California Press; p.3-10.
- Bandura, A. (1973) *Aggression: A Social Learning Analysis*, Englewood Cliffs, N.J.: Prentice-Hall.
- Bernstein I. (2007) “Social Mechanisms in the Control of Primate Aggression”. En: Campbell J, Fuentes A, Mackinnon CK, Panger M, Bearder KS, editores. *Primates in Perspective*. New York and Oxford: Oxford University Press; p. 562- 571.
- Bernstein I, Ehardt C. (1985) “Age-Sex Differences in the Expression of Agonistic Behavior in Rhesus Monkeys (*Macaca mulatta*) Groups”. *J Comp Psychol.*; 99:115-132.
- Bleichmar , M. y Leiberman, C. (1989) “Hartmann y la Psicología del yo” *Psicología General*. El yo función. En: *El Psicoanálisis Después de Freud*. Cap.1, México. Ed Paidos. p.p. 41-70.
- Bleichmar , M. y Leiberman, C. (1989) “La Teoría de las Relaciones Objetales en la obra de Otto Kernberg”. En: *El Psicoanálisis Después de Freud*. Cap.19, México. Ed Paidos. p.p. 442-464.
- Bleichmar , M. y C.L. Bleichmar (1989) “Heinz Kohut y su Teoría del Narcisismo. La Psicología del self”. En *El Psicoanálisis Después de Freud*. Cap.17, México. Ed Paidos. p.p. 389-425.
- Byrne RW. y Whiten A. (1997) “Machiavellian Intelligence”, en: Whiten A, Byrne RW, editores. *Machiavellian Intelligence II, Extensions and Evaluations*: Cambridge: Cambridge University Press; p. 1-23.
- Colmenares F. (1996) “Conflictos sociales y estrategias de interacción en los primates I. Esquema conceptual y tipología basada en criterios estructurales” En: Colmenares F,

- editor. *Etología, psicología comparada y comportamiento animal*. Madrid: Síntesis; p. 341-399.
- De Waal F. (1986) "Conflict Resolution in Monkeys and Apes". En: Benirschke K, editor. *Primates. The Road to Self-sustaining Population*. New York: Springer-Verlag; p. 341-350.
 - De Waal F.(2000) "The First Kiss. Foundations of Conflict Resolution Research". En: Aureli F, de Waal F, editores. *Natural Conflict Resolution*, Los Angeles: University of California Press; . p.15-33.
 - De Waal F., Van Roosmalen A. (1979) "Reconciliation and Consolation Among Chimpanzees". *Behav Ecol Sociobiol*; 5:55-66.
 - Erikson E. y H Kohut (2004) "Psicología de la identidad y del self". En *Más allá de Freud, una Historia del Pensamiento Psicoanalítico Moderno*. Capítulo 6,. Barcelona: Ed. Herder. p.p. 227-270.
 - Dollard, J., Doob, L. Miller, N. y Sears, R. (1939) *Frustration and Agression*. New Haven: Yale University Press.
 - Freud, S. (1920) "Más allá del principio del placer" *Obras Completas*, Vol. XVIII, p.p 3-62. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - Freud, S. (1930) "El malestar en la cultura" *Obras Completas*, Vol. XXI, Buenos Aires: Amorrortu Editores.
 - Groebel, J. y Hinde, R. (1991) *Aggression and War their biological and social bases*. Cambridge: Cambridge University Press.
 - Hall, K. (1964) "Aggression in Monkey and Ape Societies". En: Carthy J, Ebling F, editores. *The Natural History of Aggression*. London: Academic Press, p. 51-64.
 - Hartmann, H. (1939) "Ego Psychology and the Problem of Adaptation". New York; Int. Univ. Press. 1958. La psicología del yo y el problema de la adaptación. México: Ed. Pax. 1960.
 - Hrdy SB. (1981) "Nepotists" and "Altruists": The Behavior of Old Females Among Macaques and Langur Monkeys. En: Amoss P, Harrell A, editores. *Other ways of growing old*. Stanford: Stanford University Press.

- Huesmann, L. y Eron, JH. (1986) "The rolle of television in the development of prosocial and antisocial behavior" . En: *The Development of Prosocial and Antisocial Behavior*. NY: Academic Press.
- Humprey NK. (1988) "The Social Function of Intellect". En: Byrne R, Whiten A, editores. *Machiavellian intelligence. Social Expertise and the Evolution of Intellect in Monkeys, Apes and Humans*. Oxford: Clarendon Press; p. 13-26.
- Kernberg, O.F. (2005) "El odio como afecto nuclear de la agresión". En: *Agresividad, narcisismo y autodestrucción en la relación psicoterapeuta*. Cap. 2, p.p. 27-43. México. Manual Moderno.
- Kohut H. (1977) ¿Necesita el psicoanálisis una restauración del si-mismo?. En: *La restauración del sí-mismo*. Barcelona-México: Paidós, caps. I-II, págs. 19-104.
- Laplanche J. y J-B. Pontalis (1994), Diccionario de Psicoanálisis. Colombia: Ed. Labor, S.A. , p.p. 535.
- Lorenz, K. (1967) *On Agresión*. London: Methuen.
- Magee, B. (1999) *Historia de la Filosofía*. México: Editorial Planeta
- Mason WA. (1993) The Nature of Social Conflict: A Psycho-Ethological Perspective. En: Mason WA, Mendoza PS, editores. *Primate Social Conflict*. Albany: State University of New York, p. 13-47.
- Mitchell A.S. y M.J. Black (2004) "Más allá de Freud una Historia del Pensamiento Psicoanalítico Moderno" Barcelona: Ed. Herder, p.p. 428.
- Mitchell A.S. (1993) "La Matriz Relacional". En: *Conceptos Relacionales en el Psicoanálisis: una integración*. Parte 1. México: Ed. Siglo XXI. p.p. 29-54.
- Montagu, M.F.A. (1968) "The new litany of innate depravity", M.F.A. Montagu (ed.) *Man and Aggression*. London: Oxford University Press.
- Rodríguez, E. y Shedden, A. (2007) "Raíces biológicas de la agresividad humana", Martínez y Aréchiga (eds.) En *Busca de lo Humano. Eslabones en el Desarrollo de la Ciencia*. México, D.F. : CEFPSVLT.
- Walters J. y Seyfarth R (1987) *Primates Societies*. The University of Chicago Press.
- Winnicott, D. (1999) " La agresión en relación con el desarrollo emocional (1950-1955)". En: *Escritos de Pediatría y Psicoanálisis*, Barcelona: Paidós, p.p. 275-293.

-Zillmann, D. (1983) "Transfer of excitation in emotional behavior". En: Social Psychophysiology, New York: The Guildord Press.